

La Muñeca

En estos días del año, próxima ya la Epifanía, la muñeca, como símbolo representativo de los juguetes, cobra inusitada importancia y aires de protagonista.

Si bien es verdad que los juguetes con los años se han ido modificando, y a su servicio hemos visto inclinarse la técnica, la muñeca ha permanecido fiel a su forma clásica a pesar de sus modernos llores y de sus pasitos mecánicos. La muñeca sigue siendo la muñeca; la muñeca de siempre. Por esto, con propiedad, la elegimos como símbolo de todos ellos.

Parece que puede darse ya como cosa segura que las muñecas fueron conocidas en Egipto, en tiempos de las primeras dinastías.

Fueron también comunes en la Grecia y Roma antiguas, y según cuenta cierto cronista, las muchachas no se casaban antes de haber hecho ofrenda a la diosa Venus, de su muñeca.

Pero, las muñecas fueron conocidas con mucha más anterioridad, como lo atestiguan las excavaciones llevadas a cabo en cuevas prehistóricas peruanas, en las que se han encontrado muchas muñecas de un perfecto modelado. Lo cual prueba el carácter universal de la muñeca, que tampoco faltó en los países islámicos, pese a que la ley de Mahoma prohiba las representaciones de la

figura humana.

Las muñecas primitivas europeas fueron primero talladas en madera; después con trapo y serrín, con la cabeza de cartón, cera o porcelana.

En Francia, durante la Edad Media, tuvo importancia la fabricación de muñecas de madera con brazos y piernas articulados. Y en la misma época, en Alemania, se habían fabricado ya muñecas con movimiento, que se producía por la tensión de unos hilos. Pero las muñecas verdaderamente artísticas, con auténtica impresión de vida, no aparecieron hasta el siglo XVI.

El vestido de la muñeca ha seguido en todo tiempo la indumentaria propia de la época. Así, en Francia, durante el Directorio, estuvieron en uso las muñecas ataviadas de «incroyables», y en el II Imperio vestían con crinolina.

El traje infantil de las muñecas no apareció hasta el siglo XVIII.

Pertencen al XIX las muñecas desnudas, para que las niñas puedan vestir las a su antojo.

Ultimamente existe la tendencia dentro de cada nación de vestir las muñecas con el traje típico de sus diferentes regiones y comarcas, con lo que ofrecen un gran interés etnográfico, y podrán servir en el futuro como documento valioso para la historia de la indumentaria.

A. B. C.

La frase de ritual con la que un protocolo obligado anuncia al heredero de un trono la muerte de su antecesor, me ha parecido siempre de una crueldad manifiesta.

Es signo y símbolo de la general y cruel verdad del olvido, pseudo refrán de nuestro refranero. «El passat és cosa morta». «L'últim amor enterra el primer.» «Mort Anton el que queda ja es compon»

Siguiendo la misma tónica, en la noche de San Silvestre, embriaguez de protocolo, rendimos simplemente agasajo al nuevo año entronizado en lo alto del calendario.

Ya se esperan las doce campanadas de la medianoche, como quien espía la agonía del pariente rico. Espera y espía cruel, vacío

de caritativos recuerdos, de humanas nostalgias.

¡Qué larga espera!

Tarda el reloj en poner sus manecillas en posición de firmes, para dar paso al nuevo rey. Pasan lentos los segundos. Larga espera.

Las uvas me saben amargas.

¿Cómo despreciar la realidad ganada, por lo incierto, por la quimera, por la ilusión?

Ha muerto el rey ¡Viva el rey!

Y no olvidamos un muerto. El refranero miente.

El refranero miente, porque el año se quedó en nosotros, incorporado a nuestra vida. Con lo bueno que nos trajo y que nos amplió la sonrisa. Con las penas

TROVAS A LA NOCHE DE SAN SILVESTRE

La noche de San Silvestre ya empieza a tener solera porque es artista de cine y es, además, extranjera.

Entre las muchas costumbres nuevas que pugnan por tomar aquí carta de naturaleza y alternar con las típicamente tradicionales, la

noche de San Silvestre es, tal vez, la que más viene empujando para colocarse en primera fila.

Y así es como vamos asistiendo a la más completa y total renovación de la faz de todo un país a causa, por una parte, de la cada día más populosa colonia extranjera que, temporal o permanentemente, convive con nosotros, y por otra, y sobretodo, por este nuestro tan acentuado papanatismo «que nos inclina a creer siempre mejor todo cuanto nos llega del exterior».

Supongo que debemos alegrarnos de ello.

Parece que, absorvida al fin la localista «col i butifarra» de nuestra nochebuena, por el champán y el bullicio de la noche de San Silvestre y cuando en cada casa el árbol de Navidad va comiéndose el espacio al viejo Belén sólo falta ya que, en sustitución de los Reyes Magos, venga el Padre Noël a traerles juguetes a nuestros niños para estar en la línea de los países más civilizados.

Es lo mejor de cada pueblo que, como ya dijimos en otra ocasión, empieza a colgar de esta monumental horca de dos brazos que es la T de turismo.

Cuando aparezcan estas líneas, llenos tendremos aún los oídos y la cabeza toda del jolgorio universal y standard de la noche de San Silvestre.

Lo que está por dilucidar todavía, es si tan desbordada alegría como se da cita en este preciso punto de la eternidad en que los años cambian la guardia, es para festejar la llegada del que viene o para despedir al que, cumplido su servicio, se marcha licenciado.

El Trovador no estuvo en la representación porque se siente ecéptico respecto a lo que el nuevo pueda traerle.

Y en cuanto al viejo...

Ha preferido meterse en cama tranquilamente y esperar a que la rueda del tiempo pasara su cadáver por delante de la puerta de su casa.

Cuando despertó, ya se había ido.

«Bon vent i barca nova»

N. M. B.

Ha muerto el Rey. ¡Viva el Rey!

tampoco tienen muerte los años.

Yo soy yo y mi pasado, — podríamos decir, remedando, a Ortega.

El pasado nos forma. El futuro es simple prueba.

No sé, si la imaginación de los hombres edificó un camposanto o celda estrecha para los años que el olvido condenó a muerte. Pero si sé que falta imaginación para dar con el verdugo que cumpliera la sentencia. Sólo uno mismo puede ser el homicida de su tiempo, de sus años, de sus recuerdos.

Yo no quiero ser verdugo.

Sobre el umbral del año nuevo, yo pondré alfombra de hiedra. Fidelidad a mi mismo. A todo lo bueno, a todo lo santo, de la vida vieja.

L. d'Andraitx.

que comimos, con el pan que compartimos. Con las lágrimas calladas, cicatrices. No murió el año pasado. No es muerto lo transcurrido. Ni incluso a la esperanza perdida la podemos llamar cadáver.

De falsos cadáveres se nutren nuestros tejidos. Se nos espesa la sangre con la sangre de esos muertos.

Y en la luz de las pupilas, en la luz de la conciencia, un faro lejano brilla.

No es muerto lo que fué ni lo que pudo haber sido, si ancló en nuestro corazón. Sólo es muerto de verdad lo que jamás fué alborada.

No muere el día ni el crepúsculo ni en la noche. Descansa.

Y, si no mueren los días,